

El Proust de Alone, el Alone de nosotros

El libro de Daniel Swinburn sobre Proust y Alone me interesa sobre todo por Alone. Me interesa por la posibilidad de que haya existido entre nosotros una crítica independiente, lúcida, capaz de descubrir valores literarios y de imponerlos al medio. Cuando Alone, Hernán Díaz Arrieta, escribía sus artículos en la prensa del Santiago de 1928, se acababa de publicar en Francia el último tomo de la obra monumental de Proust, *El tiempo recobrado*. Proust había muerto hacía pocos años, a comienzos de la década. El conjunto de la *Recherche* había comenzado a editarse en 1913, en la editorial Grasset, que Proust al cabo de poco tiempo se había empeñado y había conseguido cambiar por Gallimard. En 1928, la obra de Proust estaba lejos todavía de alcanzar una consagración completa, definitiva, prácticamente intocable, como la que tiene hoy. Había sido desdenada en sus comienzos en Francia y había obtenido, en cambio, un reconocimiento rápido en Inglaterra y en todo el mundo anglosajón. Entre nosotros, un cronista y novelista de tanta agudeza como Jenaro Prieto se había reído con el mayor desenfado de la lentitud de la prosa de Proust, de sus frases interminables, de sus disquisiciones, que en el Santiago de aquellos días parecían rebucadas, pretenciosas, inútiles. Ya conocemos ese tipo de suficiencia criolla, esa seguridad tonta y a la vez tan difícil de combatir. Sería interesante saber cómo reaccionaron frente a la novedad del lenguaje narrativo de Proust personas destacadas del mundo intelectual y político de la época. Hacer una antología de opiniones de aquellos años sobre Proust sería, no me cabe duda, un ejercicio sangriento, además de un autorretrato quizás saludable de la mentalidad local. Pero ocurre que Proust fue denigrado con pasión, con saña, en su propia tierra, por motivos en los que no estuvo ausente la política. El escritor, de origen judío, había abandonado su etapa mundana hacia fines del siglo XIX y se había convertido en un apasionado partidario del bando dreyfusista, en un enemigo del antisemitismo francés. No había tenido la actuación pública de Emile Zola, entre otras razones porque todavía no era conocido, pero no había disimulado sus ideas, y esto, de hecho, lo alejó de la vida social y facilitó la reclusión que al fin le permitió escribir su obra maestra.

El tema político, desde luego, no parece haber llamado la atención de Alone. Pero hay algo evidente y que se deduce de cada línea de sus crónicas proustianas: a pesar de que se había formado en la lectura de Anatole France, de Paul Bourget,

Jorge Edwards



de una serie de autores franceses en su mayoría menores, captó de inmediato, sin vacilar un instante, la grandeza de *La búsqueda del tiempo perdido* y trató de entenderla y de explicarla a su manera. No sé si sus textos tienen un verdadero valor crítico desde la perspectiva de hoy. Ya se han escrito decenas de miles de páginas sobre Proust y sobre la *Recherche* y no creo que las de Alone agreguen mucho. El hombre comprendió, en cualquier caso, que detrás de toda esa escritura había un fenómeno literario importante, decisivo en la historia de la novela, y que ya no se iba a poder escribir sin tomarlo en cuenta. Alone emprendió entonces, con una especie de ingenuidad no disimulada y que forma parte del encanto y de la frescura de sus crónicas, un intento sostenido, continuado, de analizar al novelista francés y de hacerlo coherente y atractivo para los lectores de Chile. La actitud suya nos revela que existía aquí un mundo cultural pequeño, alejado de los grandes centros de la época, pero atento, curioso, dotado de un respeto instintivo frente a los movimientos internacionales del arte y de la literatura.

Se podría decir que Proust, a través de las crónicas de Alone, hizo una entrada parcial, nada de fácil, en la vida literaria chilena, y que cayó con más profundidad en algunos sectores. Ya he mencionado la reacción burlesca, fácil, un tanto demagógica, de Jenaro Prieto, hombre de chispa y de inteligencia brillante. No sé, por ejemplo, qué habrá dicho Pedro Prado, gran figura intelectual y hombre siempre abierto a las influencias europeas. No conozco tampoco las reacciones de gente como Eduardo Barrios, Joaquín Edwards Bello, Fernando Santiván. No conozco párrafos del afrancesado Vicente Huidobro acerca de Proust, a pesar de su conocimiento cabal de Apollinaire, de Tristán Tzara y Max Jacob, de todas las expresiones de la vanguardia en la poesía y en la pintura. ¿Habrá pensado que Proust formaba parte de la tradición de la novela, del pasado académico? Es posible que sí, a pesar de que no estoy en condiciones de asegurarlo. Ahora se sabe que Neruda leyó a Proust en su etapa de Cónsul en el Extremo Oriente, período que corresponde en sus comienzos en forma casi exacta al de la lectura y los comentarios de Alone. Después solía decir que la fabulosa calidad de la prosa narrativa de Proust radicaba en su manera de incorporar, de insertar, por así decirlo, en el tejido novelesco, toda la historia y la cultura de Francia. Era una observación sencilla, que permitía rescatar algo así como una lectura marxista de

Proust, pero no carecía de sentido. Se podría, por ejemplo, escribir un ensayo sobre la presencia de la Edad Media en la *Recherche*, sobre el uso que hace el novelista de los antiguos pregones callejeros, de las historias de personajes como Genoveva de Brabante, de los giros populares de lenguaje que usa Françoise, la inolvidable cocinera de los primeros volúmenes, y que tienen su origen en las profundidades de la geografía y del pasado, del espacio y del tiempo.

El asombro de Alone, seguido de una lectura atenta, apasionada, y de un esfuerzo serio para explicar este cometa nuevo, esta insólita aparición, a los seguidores santiaguinos de su columna semanal, tiene algo que conmueve. El crítico, desde su redacto lejano, inevitablemente provinciano, respetaba el gran movimiento de la cultura de la época. Tenía la posibilidad de sorprenderse, de quedarse con la boca abierta, de concebir un entusiasmo apasionado, y transmitía esta experiencia con algo de ingenuidad, pero con un notable manejo de la lengua. En mi tiempo se decía en forma despectiva que era un "crítico impresionista", pero ojalá que tuviéramos ahora a un lector y un crítico de su calidad y de su pasión literaria, impresionista o no impresionista. Para despertarnos de nuestro letargo, de nuestras actitudesseudo sabias y en definitiva superficiales.

En las crónicas recopiladas y presentadas por Daniel Swinburn, Alone insinuaba con discreción, sin comprometerse a fondo, un tema interesante: el de la relación entre Proust y la vanguardia estética, representada en el Chile de entonces por Vicente Huidobro, por Pablo de Rokha, por algunos otros. Sin llegar a decirlo, Alone sugiere que Proust era más moderno y más revolucionario, en el mejor sentido de la palabra, que todos ellos. Era una visión polémica, de pelea, y, desde luego, discutible. Con la perspectiva de ahora, se podría sostener que la hazaña literaria de Proust no era tan ajena, como parecía a primera vista, del surrealismo y de otras corrientes de vanguardia. La memoria profunda de la que habla uno de los manifiestos surrealistas, relacionada con el descubrimiento freudiano del inconsciente, tiene una clara relación con las ideas de Proust sobre la memoria involuntaria y la memoria creativa. A pesar de Alone, Proust y André Breton, y a lo mejor Proust y Vicente Huidobro, podían encontrarse en alguna parte. En ese encuentro, Alone habría quedado muy atrás. Pero su esfuerzo, de todos modos, fue interesante, generoso, de gran lucidez para su época, superior al medio y a la vez transformador del medio. Mostrarnos todo esto es el gran mérito del libro de Daniel Swinburn.

La Segunda

DIRECTOR
Cristián Zegers Arizola

EDITORA:
Servicios Informativos
Pilar Vergara Tagle

REPRESENTANTE LEGAL:
Jorge Kolla Franckel

DIRECCION: REDACCION Y TALLERES
Avda. Santa María 5542
Fono 3301111 (Mesa Central)

El Proust de Alone, el Alone de nosotros [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Proust de Alone, el Alone de nosotros [artículo] Jorge Edwards.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile